

# TOPONIMIA ANATÓMICA ¡CUERPO A TIERRA!

Xaverio BALLESTER  
Universidad de Valencia

---

Apenas la humanidad comenzó a hablar, esta se vio en la necesidad de poner nombres a los lugares mientras literalmente exploraba el planeta y se sirvió, sin duda también muy tempranamente, de las analogías físicas observables con su anatomía para describir dichos lugares.

**Palabras Clave:** Lingüística, Toponimia, Metáfora.

## ***Anatomic Toponymy: Every Body Grounded!***

As soon as humans began to speak, they felt the need to give names to places as they literally explored the planet. They made use, also undoubtedly at a very early stage, of observable physical analogies with the human body to describe those places.

**Key Words:** Linguistics, Toponymy, Metaphor.

---

La toponimia o conjunto de términos de lugar (compuesto sobre el griego τόπος 'lugar') y la anatomía o disciplina que se ocupa de los miembros del cuerpo (compuesto sobre el griego ἀνατομή 'incisión – disección') constituyen, desde el punto de vista del vocabulario de una lengua, una suerte de

### ***cock–tail explosivo***

inevitable. Explosivo por la enorme cantidad de léxico que la combinación de ambas entidades genera en tantas y tantas lenguas. Inevitable por la común ancestralidad de ambas entidades, una vez que desde los tiempos más remotos y apenas la humanidad comenzó a hablar, esta se vio en la necesidad de poner nombres a los lugares mientras literalmente exploraba el planeta y se sirvió, sin duda también muy tempranamente, de las analogías físicas observables con su anatomía para describir dichos lugares, una vez que no tenía otro punto de referencia literalmente más cercano para describir y así poder identificar su entorno. Punto de referencia que, por cierto, el *homo loquens* o el humano hablante ha seguido empleando, seguramente con preferencia sobre casi todos los demás, para multitud de otras analogías en la lengua. Recordemos, verbigracia, la bien conocida circunstancia de que en tantísimas lenguas muchos somatónimos o nom-

bres para partes del cuerpo (de la raíz griega *σωματο-* ‘cuerpo’) dan también lugar —habitualmente tras el sólito proceso de clitización o reducción formal— a formas subordinantes cuales adverbios, preposiciones, conjunciones o marcas desinenciales. Así y siguiendo una pauta con paralelos en muchas lenguas (*cf.* nuestros *enfrente* o *frente a*, inglés *in front of...* etc.), el sentido originario de ‘frente’ habría dado por metáfora el de ‘[del]ante’. En efecto, el sentido originario de una antigua raíz indoeuropea \**hanta-* y que aparece con el sentido general de ‘[del]ante – antes’ en la mayoría de las lenguas indoeuropeas (armenio *ənd*, griego *ὄντι*, latín *ante*, osco *ant*, sánscrito *ánti*), debía de ser el más concreto y conservado en hitita para *ḫant* de ‘frente – cabeza’, valor reconocible también en derivados como *ḫantezzis* ‘[el] primero’ o el nombre de la divinidad protectora de la cabeza *ḫantuššaš*. Compárese también para ese mismo sentido formas como la latina *antiæ* (plural) ‘flequillo [rizado]’.

Está claro que es la metáfora —es decir, la comparación, la analogía por similitud— la que está en la base de estos usos, si bien en la toponimia encontramos también muchos empleos metonímicos —es decir, mediante la referencia por alguna suerte de contigüidad— a la hora de definir o identificar ubicaciones y lugares. Y difícilmente podría ser de otra manera, ya que, como tantas veces ha quedado demostrado en las respectivas lenguas, para indicar algo de modo no directo los hablantes nos servimos prioritariamente o del indicio de la contigüidad o del simbolismo por similitud, es decir, nos servimos o de metonimias o de metáforas.

Naturalmente, por tanto, la toponimia no es ni puede ser ajena a este básico proceder. Las metonimias más usuales en los referentes toponímicos son, seguramente por este orden al menos en términos cuantitativos, las de hombres (*Don Benito, Ciudad Rodrigo...*), de flora (*Las Palmas, Pinedo...*) y de fauna (*Águilas, Cabrera...*), así como las advocaciones de tipo supersticioso o bien religioso (*San Sebastián, Santa Cruz...*). En consecuencia, un lugar muchas veces será nombrado o especificado por la presencia —usualmente por la propiedad— de un[os] individuo[s], de elementos vegetales o de fauna, si bien la metonimia primaria sería, creemos, probablemente la originada en flores, plantas, matas, arbustos o árboles del lugar y no en antropónimos o afines. La idea, en efecto, del hombre como poseedor de y no como poseído por la naturaleza es muy reciente en términos de especie biológica, ya que aparecida sólo con el Neolítico, de modo que el probablemente más frecuente modelo de toponimia antropónica, la de la indicación del poseedor del terreno en cuestión, no puede ser muy antigua.

En todo caso, cabe constatar una especie de circulación continua entre nombres de lugar y de persona, si bien, más a menudo en dirección

desde los lugares a las personas, siendo, por ejemplo, comunísimo el que los individuos porten como apellido el nombre de un lugar, en la mayoría de los casos el lugar de procedencia de su familia o de algún antiguo miembro de esta. De hecho casi todos los topónimos de ciudades, pueblos o aldeas constituyen apellidos españoles —usualmente y por obvios motivos, en otras localidades o ciudades— aunque, como decíamos, tampoco faltan muchos topónimos, sobre todo microtopónimos o nombres de pequeñas localidades o parajes, generados a partir de antropónimos (Caprini 2003: 10). Así, por ejemplo, en época de la Reconquista la antroponimia de la repoblación, en buena medida de procedencia navarra, dejó abundantes huellas en la provincia de Ávila: *Blascosancho, Don Jimeno, Muño Galindo, Muñosancho, Sanchidrián...* (Belmonte 1987: 73s).

De cara a la reconstrucción toponímica puede ser, por cierto, bien relevante la documentación antroponímica, pues a veces los apellidos —precisamente tantos provenientes de topónimos— pueden haber conservado un estadio intermedio —el eslabón perdido de la cadena— una vez que el topónimo evolucionó. Además los antropónimos pueden muchas veces haber conservado mejor la forma del antiguo topónimo del que proceden, al ser mucho más reacios a la caricatura o [re]motivación del término al precio que sea, puesto que usualmente no buscamos una explicación lógica para los nombres de los individuos tanto como para los nombres de lugar.

Siendo, en efecto, tan enorme la cantidad de antropónimos que tienen su proceder en topónimos, es posible a veces que estos ya no estén documentados, pero que, bajo ciertas condiciones, sean deducibles de antropónimos que sí, en cambio, hayan pervivido. Un caso fácilmente comprensible es el de la desaparición de muchos nombres de pueblos o aldeas por la física desaparición —despoblamiento, inmersión pantanosa, desastre natural...— de una localidad y consecuentemente de su denominación como tal. En suma, a veces la documentación de un topónimo puede haber pervivido en un antropónimo solamente. Para la posible paratautología *Jaraguas* sí, como creemos, la forma contiene un primer segmento \**sar-* perteneciente a lo que técnicamente denominamos *hidronimia paleoeuropea* y que ha evolucionado a *Jar-* [xar] vía un *Xar-* [ʃar], entonces podríamos aducir un apellido —y, que sepamos, sólo apellido— *Saraguas*.

Tampoco puede en modo alguno negarse la existencia de una originaria motivación zoológica para tantos y tantos topónimos de base meonímica. Por remitirnos simplemente a los testimonios

### **alumbrados por CONCEPCIÓN**

recordemos que sólo para los montes asturianos este autor (1990: 752) recoge documentación zootoponímica referida, entre otros animales, a la

abeja (*Les Abeyeres*), águila (*L'Aguilero*), azor (*L'Azorea*), buey (*Bovias*), buitre (*El Nial de l'Utre*), faisán (*La Faisanera*), gallina (*Monte Gallinar*), gato (*Los Gatiles*), liebre (*Campa la Tsiebre*), milano (*Los Milanos*), oso (*Fuente l'Oso*), paloma (*Les Palombines*), perdiz (*La Senda las Perdices*), puerco (*Val Porquero*) o tejón (*Les Melendreras*). También sólo en Extremadura y sólo para arroyos podríamos citar los del *Ganso*, de la *Hurona*, del *Puerco* o del *Sapo*. Ya en ámbito extrahispánico, sólo en Francia encontraríamos formados sobre la palabra gálica para 'castor' al menos los ríos *Beuvron*, *Beuvronne*, *Brevenne* y *La Bièvre* (Delamarre 2003: 69 s. *bebros*).

Pasando ya a ocuparnos de las metáforas, digamos que aquí con diferencia destacarían, como anticipábamos, las inspiradas por el cuerpo humano o eventualmente por la anatomía —cuando diferente— de un animal. Bastante común es también la metáfora inspirada en artefactos, utensilios u objetos contruidos o fabricados por el ser humano. Así pues, miembros o componentes el cuerpo humano constituyen la básica metáfora toponímica probablemente por tratarse también de la más básica referencia morfológica y quizá incluso metafórica para el ser humano. He aquí un alfabético elenco ilustrativo y necesariamente incompleto de la toponimia de origen anatómico.

Encontramos la **arruga** (cf. latín *ruga-*) empleada como metáfora oronímica, por ejemplo, en los altoaragoneses *La Ruga* y *Rugas* (Frago 1982: 57). Es sabido que la forma latina generó también el término usual para 'calle' en francés (*rue*) o gallego (*rúa*) y portugués (*rua*) manifestándose además en topónimos cual *A Rúa* en Orense.

Para **barba** mencionemos al menos unos derivadas *Barbades* ibicencas (Ribes 2008: 454). Para **bigote[s]** cabría aducir al menos una grancañaria *Hoya Bigote* (Suárez & al. 1997: II 177; Trapero 1999: 47). **Boca** o derivados genera[ro]n en español sobre todo el sentido orográfico de 'desembocadura', así mismamente en *desembocadura* o *bocana*. Hay verbigracia una entrada *El Boquerón* en Asturias (Sordo 2005: 84). Con derivación y sentido de 'fuente' encontramos *boca* en español en ejemplos cuales *Arroyo del Boquerón* (Cuenca) o *La[s] Boquera[s]* (La Rioja) recogidos por NIETO (2000: 396 n3). Tenemos una buena representación de la metáfora en Canarias, así notoriamente en *Boca de[l] Tauce* en Tenerife (Trapero 1999: 142), donde muy hipotéticamente podríamos tener en el segundo término un calco o traducción del primero, sobre todo de aceptarse una lectura tipo /ta-us[e]/. Sólo ya en Gran Canaria tendríamos *Bocabarranco*, *Lomito del Bocado de las Casillas* y *Bocahiguera* (Suárez & al. 1997: II 82), siendo *Bocabarranco* especialmente frecuente en las Islas (Trapero 1999: 142 y 2007: 250). En las Islas Canarias citemos aún *bocado* 'pequeña tierra de cultivo', así en el palmeño *Trasbocado*, un lanzaroteño *Bocaina* y los diver-

tos topónimos a partir de *bocarón* o *boquerón* como 'apertura grande en la tierra' (Trapero 1999: 142s). Ahora bien, la comparativamente menor representatividad de esta metáfora en la Península Ibérica sugiere

### bien que si no es, pues, un

fenómeno de espontánea motivación por parte de los peninsulares que llegaron, bien podría tratarse de un calco de la expresión indígena. En la italiana Liguria encontramos *Bocchetta* o *Bucheta* y *Bochettina* o *Buchetina* (Morani 2003: 286). El sentido de 'desembocadura' directamente desde 'boca' —así ya en latín *os* 'boca – desembocadura'— o desde un derivado parece bien establecido en la Europa occidental; aquí se inscribirían testimonios como el nombre para *Ginebra*, antigua *Genava*, desde una raíz céltica \**genu-* 'boca' (Delamarre 2003: 177) o el puerto latino de —con perdón— *Ostia* (cf. probablemente el citado latín *os* 'boca'). Ya sin derivación encontramos la metáfora con el sentido de 'desembocadura – puerto' en, por ejemplo, las lenguas germánicas, así en alemán *Dortmund* sobre *Mund* 'boca' o inglés *Portsmouth* —casi una tautología— sobre *mouth* 'boca'. Para **brazo** citemos al menos el jarafuelino *brazal* 'sangría que se saca de un río para regar' (Martínez 2004: 40), para el equivalente en valenciano, *Braçal*, encontramos numerosos testimonios toponímicos, por ejemplo, en Carcaixent (Oroval 1986: 206s). También un directo *Braccio* ligúrico (Morani 2003: 286).

Junto con 'boca' y sobre todo 'ojo' la **cabeza** genera probablemente una de las metáforas más extendidas —quizá la que más— como topónimo y ya desde época bien antigua, pues el *caput* 'cabeza' latino es el origen de nuestro orográfico *cabo* y sus correspondientes topónimos, además de, por ejemplo, el sentido de 'colina' en rumano, así en *Capu Roșu* (Suflețel 2002: 407), lengua donde *capu* tiene también el valor de 'promontorio marino' de nuestro *cabo*. De la misma raíz en rumano tenemos un común *căpățână* 'cabeza – cráneo' con el valor de 'colina' y sus correspondiente topónimos directos o derivados como *Căpățânosul* (Suflețel 2002: 407). Citemos aún como derivativos en Asturias un aumentativo *El Cabezón de Fontecha* (Sordo 2005: 196). En Jarafuel (Valencia) *cabezá* designa un 'bancal pequeño' (Martínez 2004: 41) y en Gistaín *cabecer* la 'parte alta de un campo' (Mott 2000: 74). En las Canarias encontramos en sus diversas variedades *Cabeza*, *Cabezada* y *Cabecillo*, *Cabezo*, *Cabezón*, *Cabezote[s]* (Trapero 1999: 152), a los que hay que sumar otras variantes como *Cabezuelo* (Ávila). Tenemos también documentados unos estupendos híbridos *Cabeçonsuelo* y *Cabeçó* para la Comunidad Valenciana (Ventura 2000: 516). *Cabezo* 'cerro alto' es especialmente común en la toponimia hispánica (Gargallo 2004: 246). Contamos además con una valenciana fuente *La Cabezona* (Pérez 1974: 36). Para Canarias señala AFONSO (1988: 17) una voz *cabezada* «para indicar la

parte alta, tanto de una zona como de una parcela de terreno». Topónimos con el valor de 'cabeza[s]' los encontramos asimismo en el mundo helénico: Κεφαλή, Κεφαλαί (Chantraine 1999: 522). Por tratarse de su equivalente en otras zonas, incluiríamos aquí los apelativos tipo *Tossal* y *Tossalet* en ámbito levantino o *Tozal* – *Tuzal* y *Tozalico* en zona [alto]aragonesa, si bien estas formas se refieren más bien, al menos originalmente, a la parte posterior de la cabeza o nuca. El tan extendido empleo de la voz diminutiva *tozuelo* 'cabeza' en ámbito aragonés auspicia la posibilidad de que el tipo toponímico oscense *Cozuelo* o *Cuzuelos* (Vázquez 1993: 172) sea en realidad una simple caricatura para *tozuelo* a partir de *cozuelo*, voz para designar un tributo que se pagaba antiguamente. Como señala BUCK (1998: 23s), en sede indoeuropea es común emplear metafóricamente la parte posterior del cuello o la cabeza para significar una colina, así en ámbito céltico con, por ejemplo, irlandés *cnoc* 'colina'. Nótese, en efecto, que la metáfora resulta más comprensible en el tipo craneal dolicocefálico, tan característico precisamente de la Europa occidental. Un ejemplo nostrísimo, la **calva**: tenemos unos burgaleses *La Calva* y *Calvario* (Perdiguer 1997: 280) o un *Cerro del Calvario* oscense (Rizos 2002: 1603 y 1607), estos últimos, evidentemente, con motivación quizá ya sólo religiosa. Para **carajo** tenemos notoriamente el *Carall Bernat* de la Costa Brava, conocido por eufemismo también como *Cavall Bernat*, que es nombre ya prácticamente impuesto en el macizo de Montserrat (Barcelona), en una peña en la valenciana Cocentaina (Cabanés & Santamaria 2003: 122) y en otros lugares de la Comunidad Valenciana y de Baleares. Para la presencia de *Bernat* se han propuesto las pocas explicaciones epexegéticas —substancialmente, a la baja y al alza— que pueden

### requerir un carajillo

o un carajón. Para **carcañal** un grancanario *Carcañales* (Suárez & al. 1997: II 104; Trapero 1999: 47), evidenciando la mayor espontaneidad y *modernidad* de la creatividad toponímica canaria y que hace que determinadas metáforas, con términos más actuales o menos tradicionales (con *dedo*, *moño*, *oreja*, *panza*...), sean características o exclusivas del Archipiélago. La **ceja** está representada en el topónimo canario de *Cejo[s]* (Trapero 1999: 176) cuyo valor —y para el que compite con *Solapón*— fue descrito por ALVAR (1976: II 839) como 'saliente de una roca empleado como abrigo', valor cierta y transparentemente metafórico, pero que contrasta de modo vívido con el valor de 'corte vertical y profundo de una montaña' que como dialectalismo murciano se recoge en el *Diccionario de la Real Academia Española*. Valor, por su parte, que en verdad es mucho más difícil casar metafóricamente con ceja y que reencontramos también en el derivado del término latino *ciliu*— secundariamente 'ceja', es el chistavino *cillo* 'precipicio' o su diminutivo *cillet* (Mott 1989: 170; 2000: 95s), valor, nos parece, expli-

cable por una metonimia del propio topónimo al designar ya no el saliente rocoso sino su abrupta contigüidad. En toponimia además sucede en ocasiones como en algunos dibujos en blanco y negro empleados por terapeutas y psicólogos y donde el paciente ve a veces las figuras en el negro terreno y otras veces en el blanco aire. Para 'ceja' tenemos también topónimos cuales los valencianos *Ceja del Campichuelo* y *Ceja la Roja* de Jalance (Poveda & Piera 1997: 293) resultando además que allí mismo *receja* indica una 'prominencia rocosa de trazado curvilíneo' (Poveda & Piera 1997: 198). Una *ceja* es de hecho la 'parte superior de un monte' en los valencianos territorios de Jarafuel (Martínez 2004: 60) o Ademuz con topónimos como *La Cejica* o *La Ceja de la Tóbeda* (Gargallo 2004: 246s y 249). Como denominación para topónimos es, en fin, también muy frecuente en la Hoya de Buñol (Pastor & Hermosilla 2000: 354s y 358), donde encontramos verbigracia un cerro *La Ceja* y una partida *Ceja del Higueral* (Pérez 1974: 220). El empleo metafórico de la ceja es de viejo fuste: la raíz indoeuropea con este significado —\*bru— o similar— generó el nombre para 'puente' en gálico, *briua* (Delamarre 2003: 89s) y lenguas germánicas —alemán *Brücke*, inglés *bridge*..— o para 'pasarela' en serbocroata: *brv*, propiciando estas formas los respectivos y a menudo numerosos topónimos. También en antiguo griego ὄπρῦς 'ceja' o su derivado ὄπρῦν se empleaban para designar elevaciones de terreno (Chantraine 1999: 842). Para *ceño* citemos un *ceñajo* con el sentido de 'saliente rocoso' en Teruel y de 'oquedad que deja un risco grande' en Cuenca (Vilar 2008: 113 y 124; ítem Gargallo 2004: 247). De *cerviz* encontramos un derivado *El Cervigal* en León (Morala 1984: 95). Sólo para Canarias tenemos representada la *cintura* en, entre otros, *Piedra de la Cintura* en la Palma (Trapero 1999: 184s). El hecho de que el reguero conocido en Campo de Villavidel (León) como *La Madriz del Codo* forme al comienzo «una especie de ángulo recto» (Morala 1984: 98) auspicia su interpretación en clave anatómica. En todo caso, sea alguna vez por tratarse de calcos de las hablas guanches, sea por hallarse la toponimia canaria en ese estado de mayor espontaneidad que mencionábamos y que propicia la emergencia de las metáforas más básicas, sea por ambas causas a la vez, ha de notarse que aquí tenemos otro empleo metafórico de elementos humanos «de los que tanto abunda la toponimia canaria», como bien señala TRAPERO (1999: 176). En todo caso, para *codo* habría testimonios prácticamente seguros como un grancanaria *Vuelta del Codo* (Suárez & al. 1997: II 125; Trapero 1999: 47) o derivados como la burgalesa *La Coderera* (Las Heras 1994: 130). La forma latina para *costado* *latu-* acabó derivadamente generando nuestra *ladera* y sus correspondientes topónimos. En Canarias hay *La Ladera* en Lanzarote y diversos derivados con *Ladereta*, *Laderilla* y *Laderita* o con un aumentativo *Laderón* (Trapero 1999: 257). La *costilla* procuró, desde su voz latina *costa*, las numerosas *cuestas* y probablemente las numerosas *costas* con los correspondientes

nombres propios de tantos lugares de nuestra abrupta geografía, así unos oscenses *La Quasta* y *Las Quastas* (Terrado 1996: 189). Como derivado citemos aún un leonés *El Costillón* (Morala 1984: 38). De ese *costa* deben de proceder verosímilmente también en última instancia topónimos como los *Costera* y *Costanazo* turolenses (Vilar 2008: 194) o los oscenses *Costazuella d'o Tendero*, *Costera de Vellanuba* o *Cuasta* (Vázquez 1985: 626) y los *Costera* o *Costereta* valencianos (Martí 2008: 354). La metáfora con sus esperables diminutivos *La Cuestecilla*, *La Cuestilla* y *La Cuestita* está bien representada en el archipiélago canario (Trapero 1999: 197). En Villena (Alicante) encontramos el arcaísmo de *costero* como 'costado del cauce de un río' (Torreblanca 1976: 202) y *costa* es general en ámbito hispánico para el litoral. La misma metáfora y la misma raíz latina ha generado en rumano un *coastă* con sus respectivos topónimos directos o derivados como *Costina* (Sufletel 2002: 407). Para **cráneo** cumple citar el bíblico monte *Gólgota* con tal significado como nombre común en arameo, razón por la que fue traducido como *Caluaría* en latín (Mt. 27,33; Mc. 15,22; Jn. 19,17). Sin entrar ahora en valores y etimologías, pues que ambos asuntos requerían por su problematismo un tratamiento mayor del aquí conveniente, limitemonos a decir que para **cuello** pueden aducirse un *coll* 'cima de una collada' en Mequinenza (Frago 1982: 39) amén de antigua documentación medieval para una propia forma *cuello* (Frago 1982: 38). Además encontramos derivados como unos leoneses *Los Socuellos* (Morala 1984: 44). Hay también un *La Colla* entre los lígures (Morani 2003: 286). Del probable derivado *collado* son numerosos los topónimos, así unos *Collados* y *Collatín* valencianos (Poveda & Piera 1997: 293) o también unos zaragozanos diminutivos *Colladeta* y *Colladilla* esta vez sobre el femenino *collada* (Frago 1982: 39 n46; ítem Vázquez 1985: 625), de donde también el *Colada* lucense (Vázquez 1993: 168 n10). Canarismo y lusismo el derivado *degollada* 'paso entre dos alturas' con numerosos topónimos, por ejemplo en Fuerteventura, *Degollada* y *Degolladita* (Trapero 1999: 186 y 203s). La voz francés *col*, que es tanto 'cuello' cuanto 'puerto [de montaña]' debe de pertenecer también a este patrón metafórico. Naturalmente, este tipo de analogía auspicia la posibilidad de hacer de la forma latina *collis* 'colina' un derivado, probablemente diminutivo, de *collum* 'cuello'. Para **culo** al menos quizá una *Cif[e]nculo* o *Fuenculo* leonesa (Llamazares 1994: 315) y los derivados grancanarios

### *Culata, Culatilla, Culatón*

y *Culatonés* (Suárez & al. 1997: II 140–2; Trapero 1999: 199s).

Es raro encontrar el **dedo** como metáfora orográfica, sin embargo, la accidentada orografía canaria ha propiciado más de un *El Dedo de Dios* en el Archipiélago para finos, alargados y verticales prominencias pétreas. Para



**diente** una asturiana cueva *El Dentón* (Sordo 2005: 169) o un ligúrico *Alpe del Dente* (Morani 2003: 286).

Del adjetivo latino *spinalis* ‘espinal’, derivado de *spina* ‘espina [dorsal]’ y para referirse a la parte superior de una altura se emplea en rumano el sustantivo *spinare*, con uso esporádico en toponimia (Sufleţel 2002: 408). Para **espalda** se citarán el derivado *espaldadero* ‘despeñadero’ con su correspondiente topónimo oscense (Vázquez 1993: 173), ítem en Gistáin *espaldadero* es la ‘parte de la montaña por donde se lanzan los troncos’ (Mott 2000: 130). En Gran Canaria hay un *El Espaldar* (Suárez & al. 1997: II 152; Trapero 1999: 214). Fuera del ámbito hispánico encontramos un ligúrico *Montescheno* (Morani 2003: 286). En rumano la raíz procedente del latín *dorsu-* ‘espalda – dorso’ ha generado numerosos derivados orográficos como *doştina* ‘lugar al abrigo del sol’ con sus correspondientes topónimos (Sufleţel 2002: 407s). Tradicionalmente se ha pensado también que la misma raíz que informa la palabra *bizkar* ‘espalda’ del vascuence podría estar con el sentido de ‘colina’ o, mejor, ‘loma – lomo’ en la base de determinados topónimos en los territorios de lengua ibérica desde época romana —contamos con un *Βισκαρυίς* (Ptolomeo, *geogr.* 2,6,63)— hasta hoy con los *Biscarrués* (Huesca) y su correlato *Biscarrosse* al otro lado del Pirineo.

La **frente** constituye otra gran inspiración para metáforas toponímicas. En Cantabria citemos unos derivativos *La[s] Frontera[s]* (Sordo 2005: 199) y en Huesca *Forondón* (Vázquez 2002: 1651). Sólo en Canarias encontramos *Frentón[es]*, *Fronte*, *Frontera*, *Frontol*, *Frontón*, *Frontoncillos* (Trapero 1999: 223s).

Para **garganta** hemos de recurrir en muchos casos a la voz latina *gula*, así tanto, por ejemplo, el valenciano *gola* como el rumano *gură* designan una desembocadura [estrecha] (Sufleţel 2002: 408), pero *garganta* tal cual en Rodellar con *As Gargantas* (Vázquez 1985: 634). Tampoco extrañará un tragadero *El Gorgoberu* en Asturias, pues «En el pueblo de Vega (Ribadesella) llaman *gorgoberu* a la garganta humana» (Sordo 2005: 207).

La falta de paralelos para una asturiana *La Verdellengua* (Sordo 1997: 533) hace posible la hipótesis de que no se emplee aquí la **lengua** como metáfora orográfica y de que se trate más bien de una caricaturizada variante para una *\*-lluenga* original. Esta puede ser asimismo la suerte de tantas otras *lengua[s]* —es decir, el ser caricaturas de *luenga[s]*— de la toponimia española. El **lomo** es uno de los somatónimos más prolíficos en la generación de metáforas orográficas y consecuentemente en la generación de topónimos —de modo que se erige, por tanto, en un topónimo, diríamos,

*de tomo y lomo—,*

sobre todo a partir de las bases de *loma* y *lomo*. A causa de su antiguo origen en el latín *lumbu-* ‘espalda’ hay que considerarlo de referencia humana y no animal, como se da también y casi preferentemente en el español histórico, pues, como hubimos anticipado, la referencia animal se reserva para los casos donde la anatomía es sensiblemente diferente: *cresta*, *cuerno*, *espolón*, *pico*... Citemos las híbridas leonesas *Las Lombas* y *Las Lombicas* recogidos por MORALA (1984: 37), quien recuerda que «las aplicaciones toponímicas de los resultados procedentes de *lūmbum* son generales desde los orígenes del idioma». Tenemos en Zaragoza tanto un aumentativo *Lomaza* cuanto un diminutivo *Lomica* (Frago 1982: 41 n53). Canarias sigue aquí, aunque con sus diferencias de distribución y predominio claro de *lomo* frente a *loma*, la general pauta hispánica con la habitual exuberancia isleña de derivativos cuales *Lomada*, *Lomadita*, *Lomillo*, *Lomitillo*, *Lomito*, *Lomitón*, *Lomitones*... (Trapero 1999: 265–7), lo que, por cierto y de juzgar la situación canaria como básicamente general, sugiere que dicha exuberancia léxica puede ser común en los períodos *fundacionales* de la toponimia, pero que tiende a evaporarse o moderarse con el paso del tiempo.

La **mama** o teta se emplea también en algunas lenguas para designar por metáfora una prominencia redon[dea]da. Es bien conocido el diminutivo gallego *mamoa* para una pequeña cuesta. También en Baleares y los antiguos Principado de Cataluña y Reino de Valencia es común el empleo de la base diminutiva en toponimia, así en *Les Mamelletes* (Valencia), *Les Mamelludes* (Alicante) o *Ses Mamelles* en Mallorca (Sufletel 2002: 408); hay aún un *Vall de Mamelles* en la zaragozana Mequinenza (Frago 1882: 43). Contamos también con unas *Mamiállulas* alboragonesas (Saura 2002/4: 1686 n8) y unas *mamblas* —desde el latín *mammula* ‘mamella’— así en *Hondura de Mamblas*, *Molino de Mamblas* o *Plano de Mamblas*, para la zona navarroaragonesa del Ebro (Frago 1982: 43). El topónimo valenciano de *Macastre* encubriría quizá un latino *Mamma Castrī* ‘Teta del Alcázar’ (Veny 1991: 86) o hipotéticamente un ‘Gran Alcázar’ desde un latino \**Magnu- Castru-*. Expresivo un tudelano *Soto de los Tetones* (Frago 1982: 59 n98). La forma galesa para ‘mama’, *bron*, significa también ‘colina’ al igual que el antiguo bretón *bronn* (Delamarre 2003: 92). La metáfora, que, como vemos, tiene gran arraigo en las zonas de substrato céltico, fue exportada por los franceses a Wyoming (Estados Unidos), donde podemos citar un *Grand Teton*. Hay también un *Las Tetas* en Asturias (Sordo 2005: 477), unas *Tetas de Viana* en Guadalajara y una *Montaña de las Tetas* en Gran Canaria (Suárez & al. 1997: II 315; Trapero 1999: 47). Es sabido que el nombre de Roma podría tener, desde la lengua de los etruscos, una etimología con igual significado. Muy, pero muy hipotéticamente el alicantino *Peñón de Ifach* podría ser también —y, desde luego, lo parece— un ‘[gran]

tetón' si lo relacionamos con la raíz que informa la palabra *iff`teta'* —plural *iffan*— del bereber de Figuig (cf. Kossmann 1997: 418) y pensamos en un sufijo aumentativo *-ak-*, quizá presente en formas guanches cuales *jubaque* 'oveja gorda' (Wölfel 1996: II 568s) y *taburnaque* o *taburnaco* 'glotón – gordo' (Corrales & al. 1996: 1198) de cuyo uso oral rescata y

#### sostiene PERERA

(2005: III 23§243 311–8) un original valor referido muy probablemente a una oruga. Del latín *cirru-* con el significado de **mechón** o también 'moño – rizo – fleco' procede nuestro *cerro* de tan abundante producción toponímica. Advierte TRAPERO (1999: 179) de que al menos en Canarias formaciones diminutivas del tipo grancanario *El Cerrillar* o *Los Cerrillaletes* o bien el palmeño *Veta de los Cerrillos* se refieren en realidad a una planta denominada *cerrillo* (Corrales & al. 1996: 325). La **mejilla** es aparentemente un lugar apropiado para recibir metáforas como nuestro *pómulo*, que hay evidentemente que relacionar con el latín *pomu-* 'fruto' y su diminutivo *pomulu-* 'manzana'; sin embargo, al menos toponímicamente la forma no parece haber generado aplicaciones... ¿o sí? Resulta, en efecto, tentador relacionar los diferentes *Gata* de nuestra toponimia —notoriamente el *Cabo de Gata* (Almería) o *Lomo de las Gatas* en La Palma— con el esperable resultado de una forma probablemente significando 'mejilla' a juzgar por sus resultados con dicho valor en catalán *galta* —con /l/ ultracorrecta, pues la forma más antigua es *gauta*— francés *joue* o italiano *gota* y cuyo esperable resultado *falta* en español. Se discute si una forma probablemente céltica *gabāta* 'escudilla – cuenco' —ya en el poeta romano Marcial (7,48,3 y 11,31,18; cf. ítem Isidoro or. 20,4,11) y que de regular modo habría dado *gata* en español— está o no detrás de las formas románicas citadas (Ernout & Meillet 1979: 265). La explicación tradicional del tipo «del latín *capita*, 'cabeza', de la cual procede también la misma palabra *cabø*» (Albaigés 1998: 278) colisiona con la consistente presencia de *g-* en un caso y de *c-* en otro, lo que parece hartamente difícil para un mismo étimo. Notemos que el catalán *galta* tiene también valor orográfico y equivalente aproximadamente al de nuestra *falda*. Con razón señala GÁLMÉS (1990: 43) que la explicación por referencia al mínimo resulta insatisfactoria para los numerosos *Gata[s]* y *Gato[s]* de nuestra toponimia. Desde la etimología que aquí proponemos, el masculino *Gato* no sería en muchos casos más que la despreciativa o diminutiva variante de la forma femenina en la bien documentada práctica para muchos casos análogos: *charca* – *charco*, *hoya* – *hoyo*, *huerta* – *huerto*, *loma* – *lomo*, *poza* – *pozo*, *ría* – *río*, *solana* – *solano* etc. En el caso de los *Gato[s]* canarios y habida cuenta de la pronunciación local tampoco, nos parece, puede excluirse una forma *jato[s]* de base referencial. Por **moño** mencionemos al menos un grancanario *Cueva del Moño* (Suárez & al. 1997: II 233; Trapero 1999: 47). La **muela** —directamente o acaso vía la 'muela

de molino'— ha dado muchos y variados nombres de lugar: un *La Muela* en León (Morala 1984: 98) y numerosos topónimos con *Muela* en Teruel. De aquí probablemente también el *Mula* en Murcia (Galmés 2000: 109). Con aumentativo citemos

### *El Molón valenciano*

ipresente!... en Camporrobles y con diminutivo un también valenciano *Las Muelillas* en Cheste (Pastor & Herмосilla 2000: 361). Notemos *item* un valencianismo (cf. *quixal*'muela') *quijal*'muela' y 'roca grande y saliente' en el habla de Cheste (Sánchez 1998: 120). El correspondiente catalán *mola* tiene el mismo valor orográfico.

La *nariz* está también representada en la toponimia hispánica. Cumple remitir probablemente al latín *nasu-* 'nariz' (cf. valenciano *nas* 'nariz') un *Cabezo Nasón* en Sástago (Zaragoza; Frago 1982: 49), pero contamos también en Cantabria con *La Vuelta Las Narices* y *Pico Nariz* (Sordo 2005: 31) y dos cuevas *Ñarices* en Asturias (Sordo 2005: 341). Tenemos también un gran canario *Roque Narices* (Suárez & al. 1997: II 289; Trapero 1999: 47) y la popular denominación *Narices del Teide* al tinerfeño volcán *Chahorra* (Trapero 1999: 411s). También en Gran Canaria hay unas *Cuevas de Doramas*, teóricamente, por tanto, congruente con el significado de 'narices anchas' que a un varón de esa misma isla dan algunos antiguos cronistas, pero el testimonio es problemático (Wölfel 1996: 471s) y además *d-* inicial es rara en nombres guanches (ya Álvarez 1991: 26). En su catálogo provisional de topónimos guanches incluye TRAPER0 (2007: 423) únicamente ocho topónimos con *D-* inicial. Sólo las consonantes *H-* (2007: 425), esta por obvios motivos, y *R-*, fonema muy dudoso como inicial en guanche y que falta también en tal posición en otras lenguas y grupos lingüísticos, con sus seis topónimos (2007: 427) ofrecerían menos testimonios. La hipótesis más sencilla es considerar que ni /d/ ni /r/ podían comenzar palabras plenas en guanche, de modo que la presencia de dichas consonantes se deba o bien a malas lecturas o escuchas o bien al simple hecho de que no sean formas guanches. En el caso de *Doramas* tenemos también conservado un apellido *Oramas* de, al parecer, origen guanche (Trapero 2007: 224), lo que apunta a que el *D-* puede ser un añadido por falso corte, siendo la hipótesis más obvia la de un original \**Cuevas d'Oramas*.

De \**clutso-*, el nombre gálico para el oído procederían, según DELAMARRE (2003: 119) el *clot* valenciano 'hoyo – agujero' y sus correspondientes catalán *clòt* o formas de los dialectos franceses o provenzales (*clòt, clòta...*) con abundante plasmación toponímica. Estrictamente para *oreja* — pues la distinción entre 'oído' y 'oreja' falta en muchas lenguas— podemos aducir un —en la actualidad en singular por desmoronamiento de la otra— *La Oreja Gato* en La Gomera (Perera 2005: II 8§93 133s), con esta vez sí

*gato* por el mimosón minino. Basta observar su empleo como nombre común para darse cuenta del gran potencial metafórico —notoriamente ‘agujero – centro’— y con ‘cabeza’ acaso el mayor entre los somatónimos, y potencial también metonímico —notoriamente ‘[pre]visión – atención’— de **ojo**, por lo que no puede sorprendernos su extenso empleo toponímico. Recordemos que con *ullal*, derivado de *ull* ‘ojo’, se designa también en valenciano un manantial. El empleo de ojo para un manantial «responde» como señala GARGALLO (2004: 245s) «a una metáfora muy común en el área romance y en otros ámbitos lingüísticos». Citemos en Teruel los manantiales *El Ojuelo, Ojuelo* (Vilar 2008: 193), sin embargo, la localidad de

### *Ojos Negros,*

de tan poético nombre, parece deber su nombre más bien a la existencia de cercanas minas de hierro que a oscuros manantiales. Sólo en Gran Canaria tendríamos *El Ojito, Ojero, Ojo del Buey* y *Ojos de Garza* (Suárez & al. 1997: II 243) y en Fuerteventura *El Ojo del Jurado* (Trapero 1999: 301). Se trata de una metáfora, al parecer, translingüística y hallable en muchos puntos del planeta. También en vascuence encontramos *ur begia* u ‘ojo del agua’ para designar un manantial. En árabe hay *ain* ‘ojo’ asimismo con el sentido de ‘manantial – fuente’, así nuestro *El Ayún* sería etimológicamente ‘[Las] Fuentes’. Igualmente en las lenguas bereberes encontraríamos ‘ojo’ (*tiť*) con el valor de ‘fuente’ (ya Wölfel 1955: 42). ‘Ojo de mar’ (*morski oko*) llaman, por ejemplo, en Polonia a los lagos en la alta montaña, en sentido, pues, parecido al de nuestros llaneros *Ojos del Guadiana* (Ciudad Real). Según COROMINAS (1994: 422): «La expresión *ojo de agua* [...] ‘punto de afloramiento de un manantial’, resulta de una metáfora extendida por todo el mundo [...] y se explica por ser el lugar donde el agua subterránea “ve la luz”». Pues vale, aunque nosotros pensaríamos simplemente en aquel básico translaticio valor de ‘agujero’ y no explicaríamos el decir *queso con ojos* por nuestros chiquitines para el queso *gruyère* como lugares por donde la leche y el cuajo “ven la luz”.

Para **panza** citemos un *moderno* grancanario *La Panza* (Suárez & al. 1997: II 252). De **pecho** o ‘pectoral’ trámite un étimo adjetival latino *pectoril-* tenemos un *Los Petriles* en León (Morala 1984: 56) generado desde el sustantivo *petril* ‘muro – parapeto’. Muy común *repecho* ‘cuesta arriba’ en español —también en Canarias (Trapero 1999: 339)— y las diversas variantes locales como, por ejemplo, chistavino *repechón* y *repechonet* (Mott 1989: 170; 2000: 214). En el paraje carcagentino de *La Pichona* podría haber —más que un ‘pecho’, como querría PÉREZ (2000: 385)— una simple ‘pichona’, como similarmente quizá en un también valenciano y buñolero por más señas *Barranco Pichera* (Pérez 1974: 220). Hay un —pero terreno llano— *Los Pechos* grancanario (Suárez & al. 1997: II 257; Trapero

1999: 47). La forma gálica para 'pecho' \**brunnio* (para la correspondiente galesa véase *supra*) produjo numerosos topónimos ya en época antigua: *Bronium*, *Broniacus*... (Delamarre 2003: 92). El **pezón** pasó metafóricamente a indicar en francés (*mamelon*) una colina baja y de ahí, por supuesto, nuestro galicismo *mamelón*, pero en Zaragoza tenemos también y específicamente un *Los Pezones* (Frago 1982: 59 n98). Para **pie** en Canarias, entre otros, unos herreños *Pie de la Hoya del Charco Cordero*, tan insólitamente translúcido en cada uno de sus substantivos, y *Pie del Risco* (Trapero & al. 1997: 180; Trapero 1999: 47 y 316), amén de un *Pie de la Cuesta* grancanario (Suárez & al. 1997: II 264). Transpirenaicos son ya unos ligúricos *Piedimulera* o río *Pedipilone* (Morani 2003: 286). El substantivo helénico  $\pi\epsilon\delta\acute{\iota}\omicron\nu$  'llanura' es un derivado sobre el nombre en griego para 'pie'. Este tipo de metáfora está bien representado en ámbito indoeuropeo. Así, como resultados [directos] de la misma raíz indoeuropea \**pad-* 'pie' tenemos en hitita *pedan* 'lugar' o 'suelo', griego  $\pi\epsilon\delta\omicron\nu$  y úmbrico *peřum* 'suelo'. También el latín *oppidum* 'alcázar' es un derivado de 'pie' *pes*. La metáfora para *pie* en el sentido de 'llano' circundante a una montaña ha quedado asimismo bien plasmada en romance, notoriamente en el topónimo *Piamonte*. De **pierna** citemos *pernal[ón]* 'estribación de un monte' en Cantabria (López 1988: 232). En Canarias *pernada* designaría una extensión irregular, alta y cultivable con voces como *Las Pernadas* (Trapero 1999: 312s), el topónimo es frecuente, por ejemplo, en El Hierro: *La Pernada*, *Pernada Mateos*, *Pernadas Menudas*... (Trapero & al.: 1997: 178).

De \**araus[i]o-*, el nombre gálico para la **sien** habrían, según DELAMARRE (2003: 51), derivado topónimos cuales *Arausa*, *Arausia*, *Arausio* o similares. Para **sobaco** y diversamente aludiendo a cuevas, concavidades o profundidades citemos un valenciano *Pozo del Sobaco* (Pastor & Hermosilla 2000: 357 y 360). La voz se da también en las Canarias «especialmente en Lanzarote y Fuerteventura» (Trapero 1999: 47) con unos *El Sobaco* o *El Sobaco del Malpaís* en Fuerteventura o derivados *El Sobaquillo* grancanario y palmeño (Suárez & al. 1997: II 304; Trapero 1999: 367).

Por otra parte, también los productos del cuerpo humano —ifaltaría más!— pueden ser aprovechados —por suerte, metafóricamente, eso sí— para la toponimia por los hablantes. Bien contundentemente ilustrativo de la posibilidad de utilizar las producciones de la factoría anatómica humana pueden ser algunos casos. No debe sorprender un río llamado *Merdancho* (Soria) aparte de varios ríos *Merdero* en España y algún respectivo *Merdeiro* portugués, así, por ejemplo, el arroyo

### *Merdero, bellido*

afluente del Tajo cerca de Peñalén, en Guadalajara (García 2003: 379). A este grupo deben de pertenecer los dos grancanarios *Barranco Merdejo*

(Suárez & al. 1997: II 77). Hay también una *La Fuente Pedorrera* en León (Morala 1984: 51). En similar línea fisiológica podría ir el topónimo asturiano *El Cagaréu* y, desde luego, *el cagaderu* o 'prado pequeño' del habla asturiana de Balmori (Sordo 1994: 110) además de las *Cueva Cagá*, *Peña Cagada* y *El Puente Cagalín* (Sordo 2005: 98). En esa línea seguramente también el leonés *Cagalobo* (Morala 1989: 575).

Pasando al elemento líquido recojamos en Asturias una cascada *El Meón* y hasta tres topónimos *La Meona* (Sordo 2005: 307), un *Meadorio* y varias *Meadorias* (Sordo 2005: 303s) verosíblemente de la misma raíz que los primeros. En PLOMTEUX (1987: 34) se pueden ver también recogidas formas cuales *Pissabo* (Italia), *Pissevache* o 'Pis [de] Vaca' — esporádicamente en Suiza— o también *Pissechèvre* 'Pis [de] Cabra', también en Suiza, para cascadas; formas todas a comparar con nombres del tipo *Pisselet*, *Pisselotte* o *Piserotte* y otros en Bélgica para varios pequeños cursos de agua. Nótese que la raíz *pis-* abre potencialmente el abanico del opaco topónimo *Pisayeguas* citado por MORALA (1984: 115s) a comparar a su vez con el asturiano *Donde Mean los Güeis* (Sordo 2005: 304).

Podemos hablar de *cacotopónimos* en aquellos casos —más frecuentes de lo que suele a veces pensarse— de nombres de lugar con términos malsonantes. Quizá tengamos un *frenazo* evolutivo, tal cual escribíamos no hace tanto tiempo «en una *Mérida* (Badajoz) que parecía condenada a convertirse en una \**Mierda*, como recordara Vicente GAOS en los versos de su *Mérida*: "Soy indocto en historia de la lengua,/ Pero

**viendo de Mérida la mengua,/**

Trazo esta evolución trágica y cuerda: / Emérita > Mérida > Mierda"». En aquel trabajo recordábamos también que la *-i-* de *Lérida* no es etimológica desde tiempos ibéricos (ILTIRTa; Untermann 1975: I 201–5) o romanos (*Ilerda*), por lo que aquí quizá hubo también un intento de evitar una poco elegante *Lerda*, forma confirmada por un *Undués de Lerda* en Zaragoza o aún quizá por un oscense *Lierde* (Galmés 2000: 182). Decíamos también entonces que si en *Utiel* hay que ver la misma etimología latina que en los *Pozuelo* madrileño o *Puçol* valenciano, entonces un esperable mozarabizado \**Putiel* hubiese quizá asimismo requerido un tratamiento o evolución *preventiva*.

La lengua es una directa manifestación del pueblo mismo —es el pueblo— con sus vulgaridad y a veces chabacanería —sus disfemismos, suele decirse— pero también con sus eufemismos y mojigaterías. Tampoco, pues, faltan, las expresiones biensonantes en la toponimia. Un *Arroyo del Puerco* (Cáceres), traducción de un árabe *Guadajancil*, como sonaba mal, se convirtió en un más elevado *Arroyo de la Luz* en honor de la patrona de

los arroyanos (Tejero 1994: 109). Un abulense *Vellacos* pasó a *Flores de Ávila* (Tejero 1994: 109). *Valderrubio* (Granada) fue *Asquerosa* hasta 1941 (Tejero 1994: 110). Una grancanaria original *Playa de Cabrón* —por el conquistador Pedro Hernández Cabrón— pasó a denominarse, refiere TRAPERO (*apud* Suárez & al. 1997: I 123; 1999: 321), *Playa del Cabrón* y de ahí a transformarse en una más eufémica *Playa del Carbón*.

Más raramente no es exactamente el cuerpo humano sino el de otro ser vivo el que propicia una metáfora toponímica. Como aumentativo y «por metáfora trasplantada al relieve desde las **ancas** de las caballerías» interpreta TRAPERO (1999: 116) los diversos y muy comunes *Ancón* o *Anconcillo*, *Ancones* y *Anconsillo* de la toponimia canaria y con el valor de 'recodo de un terreno'. En Gran Canaria hay un par de topónimos con *Culogallina* (Suárez & al. 1997: II 142) y también unos *Pataburro*, *Patacabra* y *Cañada de Patalavaca* (Suárez & al. 1997: II 256; Trapero 1999: 47), testimonios que pueden valer para **pata** y **trasero** de animal. Con todo, **cresta** y sobre todo **pico** se llevarían con probabilidad la palma como somatónimos animales empleados metafóricamente en toponimia, el primero está, por ejemplo, suficientemente documentado en Canarias, así un explícito *La Cresta del Gallo* en La Palma (Trapero 1999: 193). Consecuentemente, en el caso de **morro** o *morro* —igualmente bien documentado en Canarias: *Morra[s]*, *Morrada*, *Morrejo[s]*, *Morreta[s]*, *Morrete[s]*, *Morretillo[s]*, *Morretito[s]*, *Morretón[es]*, *Morrito[s]*, *Morro[s]* (Trapero 1999: 295s)— no puede excluirse que el todavía coloquial *morro* o 'parte de la cabeza de algunos animales en que están la nariz y la boca' según el *Diccionario de la Real Academia Española* proceda del término toponímico (¿cf. *moro*, *morón*?) y no viceversa.

Por penúltimo, aunque constituyan una motivación menos frecuente que la metáfora puramente anatómica o que la referencia floral o animal, hay también otras muy comunes metáforas que nos interesa señalar, ya que tienen gran relevancia a efectos arqueoglotológicos, a saber, la de la vestimenta y la instrumental, pues ambas, al resultar productos manufacturados —es decir, invenciones humanas— permiten datar a veces el término. Sin ánimo de exhaustividad, de entre los referentes empleados metafóricamente para topónimos mencionemos tanto los referidos a la indumentaria propiamente dicha del individuo cuanto a

### lo que cabe esperar en un buen neceser

en calidad de complementos. Avancemos lo casos del *abrigo*, *anillo*, *cinturón*, *corona*, *faja*, *falda*, *jabonera*, *manga*, *peine*, *solapa* o *sombrero*.

Y una última metáfora *humana* que trataremos: como ya señalara ALINEI (1996: 317), «El empleo metafórico de nombres de instrumentos



para indicar montañas u otras formaciones geológicas es muy común». La ventaja —que no escapa al insigne autor italiano— ofrecida por este tipo de metáforas, al igual que las relacionadas con la indumentaria aunque estas en menor medida, es que ayudan a datar la denominación, ya que, por ejemplo, el llamar 'sierra' (del latín *serra*, cf. catalán, italiano y portugués *serra*, francés *serre*, occitano *serro*) a una cordillera montañosa no pudo evidentemente hacerse antes de que se inventara la sierra. Digamos que estas metáforas suelen, por tanto, representar un tipo toponímico potencialmente más moderno que en el caso de los somatónimos. Advirtiendo de que el siguiente sumario elenco de carácter ejemplificativo dista muchísimo, por supuesto, de ser exhaustivo, citemos *arco*, *cuchillo*, *horca*, *horno*, *mazo*, *mesa*, *pala*, *pesebre*, *pila*, *puerta*, *sierra*, *sifón*, *silla*, *sobeo*, *tabla*, *tienda*, *urna* o *ventana*.

Lingüísticamente, pues, en cierto modo nada hay más humano que la pura naturaleza. \* ۞ ۞

\* ۞ ۞ El texto reproduce una parte de la ponencia presentada bajo el título de "Contribución a una Teoría de los Topónimos" en La Laguna (Tenerife) el día 4 de diciembre del 2008 en el marco de las *II Jornadas Internacionales de Dialectología* organizadas por el *Instituto de Estudios Canarios*.

## Referencias bibliográficas

### Abreviaturas

*Actas...* = M.T. Echenique & J. Sánchez edd., *Actas del V Congreso Internacional de Historia de la lengua española*, Gredos, Madrid 2002, II voll.

*Estudis...* = J.F. Mateu & E. Casanova curr., *Estudis de Toponímia Valenciana*, Editorial Denes, Valencia 2000.

*Toponimia...* = A. Álvarez & H. Perdiguero edd., *Toponimia de Castilla y León. Actas de la Reunión científica sobre Toponimia de Castilla y León*, Aula Universitaria de Filología e Historia, Burgos 1994.

*Toponomastica...* = R. Caprini cur., *Toponomastica ligure e prerromana*, Le Mani, Génova 2003.

*XXIX...* = E. Casanova & Ll.R. Valero curr., *XXIX Col·loqui de la Societat d'Onomàstica*, Denes Editorial, Paiporta 2003.

*XXXII...* = Ll. Valero & E. Casanova curr., *XXXII Col·loqui de la Societat d'Onomàstica d'Algemesí*, Denes, Algemesí – Valencia 2008.

### Obras

AFONSO Leoncio, *La toponimia como percepción del espacio. Los topónimos canarios*, Instituto de Estudios Canarios, La Laguna 1988.

ALBAIGÉS Josep Maria, *Enciclopedia de los Topónimos Españoles*, Planeta, Barcelona 1998.

ALINEI Mario, *Origini delle lingue d'Europa. I. La Teoria della Continuità*, Il Mulino, Bolonia 1996.

ALVAR Manuel, *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria, 1975–8, III voll.

ÁLVAREZ RIXO José Agustín, *Lenguaje de los antiguos isleños*, C. Díaz & A. Tejera edd., Centro de la Cultura Popular Canaria, Puerto de la Cruz 1991.

BELMONTE DÍAZ José, *La ciudad de Ávila. Estudio histórico*, Caja de Ahorros de Ávila, Ávila 1987<sub>2</sub>.

BUCK Carl Darling, *A Dictionary of Selected Synonyms in the Principal Indo-European Languages*, The University of Chicago Press, Chicago – Londres 1988 [= 1949].

CABANES Vicent & SANTAMARIA Vicent J., «Orònims i Hidrònims de Cocentaina», *XXIX*... 117–56.

CAPRINI Rita, «Prefazione», *Toponomastica*... 9–15.

CHANTRAINE Pierre, *Dictionnaire étymologique de la langue grecque. Histoire des mots*, Klincksieck, París 1999.

CONCEPCIÓN SUÁREZ Julio, «El lenguaje toponímico de origen animal (*Zootoponimia*)», *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 136 (1990) 751–67.

COROMINAS Joan, *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Gredos, Madrid 1994<sub>3</sub>.

CORRALES ZUMBADO Cristóbal & CORBELLA DÍAZ Dolores & ÁLVAREZ MARTÍNEZ M<sup>a</sup> Ángeles, *Diccionario diferencial del español de Canarias*, Arco Libros, Madrid 1996.

DELAMARRE Xavier, *Dictionnaire de la langue gauloise. Une approche linguistique du vieux-celtique continental*, Éditions Errance, París 2003<sub>2</sub>.

ERNOUT Alfred & MEILLET Antoine, *Dictionnaire étymologique de la langue latine. Histoire des mots*, Éditions Klincksieck, París 1979<sub>4</sub>.

FRAGO GRACIA Juan A., «Toponimia navarroaragonesa del Ebro (IV): Orónimos», *Archivo de Filología Aragonesa* 30/31 (1982) 23–62.

GALMÉS DE FUENTES Álvaro, *Toponimia de Alicante (La oronimia)*, Universidad de Alicante, Alicante 1990. *Los topónimos: sus blasones y trofeos (la toponimia mítica)*, Real Academia de la Historia, Madrid 2000.

GARCÍA ROJO Iván, «Aproximació a la toponímia menor de Peñalén (Alto Ta-

jo)», *XXIX*... 367–83.

GARGALLO GIL José Enrique, *Habla y cultura popular en el Rincón de Ademuz*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid 2004.

KOSSMANN Maarten G., *Grammaire du parler berbère de Figuig (Maroc oriental)*, Éditions Peeters, París–Lovaina 1997.

LAS HERAS ARÉVALO Anabel, «El perfil orográfico de la comarca de Villadiego a través de su toponimia», *Toponimia*... 127–32.

LÓPEZ VAQUÉ Adolfo, *Vocabulario de Cantabria (Apuntes para un vocabulario general)*, Instituto de Educación e Investigación, Santander 1988.

LLAMAZARES PRIETO M<sup>a</sup> Teresa, «Etimologías populares en topónimos de la cabecera de Laciana (León)», *Toponimia*... 311–20.

MARTI MESTRE Joaquim, «Afinitats entre el català i l'aragonés en terres valencianes. Correspondències entre la toponímia del Camp de Morvedre i de l'Alt Palància», *XXXII*... 339–88.

MARTÍNEZ GARCÍA Arsenio, *Diccionario Jarafuelino*, Ayuntamiento de Jarafuel, Elda 2004.

MORALA RODRÍGUEZ José Ramón, *La toponimia de una zona del Esla. Palanquinos, Campo y Villavidel*, Universidad de León, León 1984. *Toponimia de la comarca de Los Oteros (León)* Diputación Provincial de León, León 1989.

MORANI Moreno, «Premesse per uno studio della toponomastica del'Ossola superiore», *Toponomastica*... 249–99.

MOTT Brian, *El Habla de Gistaín*, Excma. Diputación Provincial de Huesca, Huesca 1989. *Diccionario etimológico. Chistabino – Castellano. Castellano – Chistabino*, Institución "Fernando el Católico", Zaragoza 2000.

NIETO BALLESTER Emilio, «La toponimia de las fuentes en España: una nota sobre algunos resultados del lat. *fonte*», *Revista de Filología Española* 80 (2000) 395–406.

OROVAL TOMÀS Víctor, «Onomàstica de Carcaixent», *X<sup>e</sup> Col·loqui general de la Societat d'Onomàstica*, Universidad de Valencia, Valencia 1986, 177–209.

PASTOR I MADALENA Manuel & HERMOSILLA PLA Jorge, «Valencianismes en la toponímia de la "Hoya de Buñol"», *Estudis*... 339–61.

PERDIGUERO VILLARREAL Hermógenes, «Toponimia de la Ribera del Duero (Burgos) III», *Biblioteca. Estudio e investigación* 12 (1997) 273–81.

PERERA LÓPEZ José, *La Toponimia de La Gomera. Un estudio sobre los nombres de lugar, las voces indígenas y los nombres de plantas, animales y*

*hongos de La Gomera*, Aider, La Gomera 2005.

PÉREZ PIQUER Aigües Vives, «El Realenc de Carcaixent», *Estudis...* 363–92.

PÉREZ SOLER Vicente, *La Hoya de Buñol: la Tierra y el Hombre*, Institución Alfonso el Magnánimo, Valencia 1974.

PLOMTEUX Hugo, «Les dénominations des batraciens anoures en Italie: la grenouille et la rainette», *Quaderni di Semantica* 8 (1987) 3–67.

POVEDA MORA José Vicente & PIERA ALBEROLA Salud, "*A tranchas marranchas*". *El habla tradicional de Jalance*, Ayuntamiento de Jalance, Valencia 1997.

RIBES I MARÍ Enric, «La toponímia d'Eivissa en relació amb la valenciana», *XXXII...* 449–57.

RIZOS Carlos, «Toponimia prelatina en un municipio de la Baja Ribagorza: La Puebla de Castro», *Actas...* II 1603–12.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ Vicente, *Vocabulario para andar por Cheste*, Ayuntamiento de Cheste, Cheste 1998.

SAURA RAMI José Antonio, «Espiguelo de toponimia altoaragonesa», *Archivo de Filología Aragonesa* 59/60 (2002/04) 1683–95.

SORDO SOTRES Ramón, *Tradiciones curiosas de Asturias*, Colección El Jogueru, Gijón 1994. *Notas gramaticales y toponimia no latina en Asturias, Cantabria, León y Palencia*, Colección El Jogueru, s.l. 1997. *Contribución al conocimiento de la toponimia y la gramática autóctonas de Asturias, Cantabria y el noreste de León*, El Jogueru, Gijón 2005.

SUÁREZ BETANCOR Javier dir. & *alii*, *La Toponimia de Gran Canaria. I Codificación, análisis y teoría. II Corpus Toponymicum*, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas de Gran Canaria 1997, II voll.

SUFLEȚEL MOROIANU Rodica, «Termes géographiques d'origine latine en roumain et en catalan», E. Casanova & V. Rosselló curr., *Congrés Internacional de Toponímia i Onomástica Catalanes*, Universidad de Valencia, Valencia 2002, 403–10.

TEJERO Eduardo, «La retoponimización: cuestión interdisciplinar», *Toponimia...* 107–16.

TERRADO PABLO Javier, «Apotaciones del *Onomasticon Cataloniae* a la historia lingüística peninsular», *Alazet* 8 (1996) 181–91.

TORREBLANCA ESPINOSA Máximo, *Estudio del habla de Villena y su comarca*, Instituto de Estudios Alicantinos, Alicante 1976.

TRAPERO Maximiano, *Diccionario de Toponimia Canaria. Léxico de referencia oronímica*, Gobierno de Canarias, Las Palmas de Gran Canaria 1999. *Estudios sobre el Guanche. La lengua de los primeros habitantes de las Islas Canarias*, Fundación Mafpre Guanarteme, Las Palmas de Gran Canaria 2007.

TRAPERO Maximiano dir., & DOMÍNGUEZ LLERA Manuel & SANTANA MARTEL Eladio & DÍAZ ALAYÓN Carmen, *Toponimia de la Isla de El Hierro. Corpus Toponymicum*, Universidad de las Palmas de Gran Canaria – Cabildo Insular de El Hierro, Las Palmas de Gran Canaria 1997.

UNTERMANN Jürgen, *Monumenta Linguarum Hispanicarum. Band I. Die Münzlegenden*, Dr. Ludwig Reichert Verlag, Wiesbaden 1975, II voll.

VÁZQUEZ OBRADOR Jesús, «Toponimia de Rodellar», *Archivo de Filología Aragonesa* 36–37 (1985) 623–665. «Toponimia de Sobremonte (Huesca), V: llanos, depresiones y oquedades», *Alazet* 5 (1993) 165–83. «Topónimos de Sobremonte (Huesca), referidos a vías de comunicación y señales demarcativas del terreno», *Actas...* II 1645–58.

VENTURA CONEJERO Agustín, «Anotacions i aclariments a la Toponimia valenciana», *Estudis...* 513–28.

VENY Joan, *Mots d'ahir i mots d'avui*, Editorial Empúries, Barcelona 1991.

VILAR PACHECO José Manuel, *Léxico y cultura popular de la Sierra de Albarracín*, Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín, Tramacastilla (Teruel) 2008.

WÖLFEL Dominik Josef, *Eurafrikanische Wortschichten als Kulturschichten*, Universidad de Salamanca, Salamanca 1955. *Monumenta linguæ Canariæ (Monumentos de la lengua aborigen canaria). Un estudio sobre la prehistoria y la historia temprana del África Blanca*, trad. M. Sarmiento, Dirección general de patrimonio histórico, s.l. 1996, II voll.